

salvo, cerrando la puerta. Tom, no viendo delante de sí á la alsaciana, se encogió de hombros, y volviendo su cólera contra su mujer, se marchó, lanzando furiosas amenazas á Genoveva y á *La Grama*.

—¡Hurra por Tom-Blak! ¡hurra!—aullaba de nuevo la multitud, siguiendo al boxeador hacia su taberna.

—¡Callad, con mil diablos! (dijo el campeón con cólera, volviéndose á la turba que le seguía). ¡Vale la pena de romper allá abajo los dientes á Toby, para venir aquí á recibir una lección de una mujerzuela? ¡Bah! ¡Marchad, mistress Black, y no me digáis ni una palabra, si no queréis pagar vos sola todos los vidrios rotos!

—Nada diré, Black; pero te advierto que he preparado compresas *para*....

—¡Compresas! ¿Estás loca? ¿Compresas para unos rasguños? Voy á lavarme la cara con *brandy*, y nada más. Después, ofreceré un vaso de *gin* á mis amigos.

Tom había llegado, con una parte de la turba, á la puerta del *Hacha y del Ancla*.

—¡Hola! (dijo desde el umbral) ¡Entrad todos! ¡Tom-Black os convida! Y puesto que la *Francesa* no ha aceptado el cinturón de honor del campeón, le colgaremos como un trofeo sobre el mostrador de la taberna. ¡Á beber, mistress Black! ¡Á beber toda la noche! Y no juntéis las manos como si se aproximase el fin del mundo, porque os romperé un vaso en la cabeza. ¡Hurra!

—¡Hurra por Tom-Black, por Tom el invencible!—repetía la multitud, cuyos clamores llegaban aterradores, como rugidos de bestias feroces, hasta

la cabaña en que Genoveva temblaba todavía entre los dos defensores que acababan de darse á conocer: el joven cuya mano blandía el cuchillo, y *La Grama*, la humilde alsaciana.

La pobre niña, pálida, ojerosa, con la mirada vaga, parecía próxima á desmayarse.

Después que Tom se hubo retirado, *La Grama* acudió presurosa á la cabaña de Genoveva, á cuyo lado se arrodilló, y el bello y pálido adolescente, cuyo nombre no conocía ésta aun, permanecía de pie á su lado, contemplándola con la expresión del más profundo cariño, con la admiración supersticiosa del devoto hacia la Virgen.

Una luz opaca y humosa alumbraba el grupo formado por aquellas tres nobles criaturas, reunidas en el tabuco más miserable del barrio más pobre de Londres.

Nada más siniestro, en efecto, que el refugio de Genoveva.

La cabaña que le había cedido el viejo Bob tenía apenas dos metros en su mayor altura, y se componía de cuatro paredes, construidas con los materiales más heterogéneos; piedras, ladrillos, tejas rotas, fondos de botellas ó vasos, reunido todo con una argamasa de tierra. El techo, formado con tablas, estaba cubierto de tela embreada. Únicamente la puerta, por su solidez y su herraje, se relacionaba con la arquitectura de la civilización. Esta extraña habitación estaba, no obstante, provista de una ventana, ó más bien de un vidrio que resbalaba entre dos ranuras. El vano, practicado sobre la cama, á la altura de la cabeza, dejaba penetrar, atenuada, la amarillenta claridad de los días nebulosos de Londres.

Ocupando todo un testero de la cabaña, se veía un gran cofre de madera, lleno de paja, y guarnecido de un delgado colchón de estopa, que servía de cama, y varios pedazos de manta para cubrirse. Una caja más pequeña que el cofre, con tapa, hacía la doble función de armario y de silla. Una cacerola de hoja de lata y un hogar de tierra, completaban este mobiliario primitivo. El viejo no había tenido nunca otro lujo; mas, á decir verdad, hubiera sido difícil agregar objeto alguno, porque el interior de este chiribitil no tenía siquiera las dimensiones del camarote de un barco.

Sobre este lecho de estopa estaba Genoveva sentada, ó, más bien, encorvada, y sus ojos azules, llenos de reconocimiento, se fijaban con efusión en el ancho rostro de *La Grama*, cuyos labios gruesos estaban entreabiertos por una sonrisa, y pronunciaba de vez en cuando una palabra de consuelo.

—¡Valor!.... Yo estoy aquí.... Estamos aquí los dos....

Y con el gesto mostraba al joven de largos cabellos negros, que, conmovido, permanecía al lado de Genoveva.

Ésta conocía á *La Grama*, pero no recordaba haber visto jamás á aquel joven. ¿De dónde había venido? ¿Quién era?

Y se sentía azorada y conmovida á la vez. Había en las miradas de aquel adolescente una llama tan ardiente, que Genoveva temblaba, presa instintivamente de un terror desconocido; mas de repente aquellas miradas se volvían tan humildes, tan cariñosas, demostraban tanto respeto, que la joven adivinaba que no tendría más que mandar

para ser obedecida por aquel hombre desconocido.

—Sí (dijo entonces, demostrando con el gesto su agradecimiento al joven y á la alsaciana); me habéis defendido, me habéis salvado de las manos de ese....

Y se detuvo, como si la hubiera sido imposible pronunciar una palabra de odio.

—¿Pero quién sabe lo que puede ocurrir mañana?—repuso.

—¿Mañana? (dijo *La Grama*.) ¿Acaso no tendré yo siempre los mismos puños?

—¿Acaso no tendré yo siempre mi puñal?—dijo fríamente el joven.

Á este recuerdo, Genoveva tembló de nuevo.

—¿Le habríais herido?—preguntó la Francesa.

—Sin piedad.

—¿Y le hubiérais muerto?

—Sin remordimiento.

En el rostro de la alsaciana se pintó la admiración que sentía por aquel joven.

—¡Bien! ¡Muy bien! (dijo, acompañando el cumplido con un movimiento de cabeza.) ¡Oh! Patrick Donegan es un bravo joven.

—¿Patrick Donegan?—repitió Genoveva, mirando al joven, y hallando en aquel nombre una extraña armonía.

Poco á poco fué calmándose el terror de Genoveva, no obstante que llegaba todavía á su oído el eco de las voces y de los hurras lanzados en la taberna. Ya calmada, preguntó á Patrick si era inglés.

—No (respondió él, con tono breve y expresión de desafío); ¡soy irlandés!

—Habláis, sin embargo, el francés como si hubiéseis nacido en Francia.

—Mi abuelo me lo enseñó en Killarney cuando era pequeño. Había servido en el ejército francés.

—¡Ah!—dijo Genoveva.

—Desde luego (añadió Donegan), todo irlandés ama á la Francia como una segunda patria. Hay una canción que me gusta cantar, y es la vieja canción de Davis:

«En la vanguardia francesa
Tiene derecho á formar
Nuestra brigada irlandesa.»

—¡Acaso por lo mucho que estimo vuestro país (añadió Donegan), desde que os he visto os he amado como á una hermana!

Dijo estas frases con tal acento de sinceridad y con un calor tan comunicativo, que no hubiera podido hallarse en la declaración de su afecto fraternal la prueba de un amor de otra índole.

Pero una mujer sabe ó adivina que es amada, aun antes que aquel que la ama pueda determinar el sentimiento que experimenta.

Estas palabras produjeron en Genoveva el efecto de una caricia. Por otra parte, ¡las había pronunciado Patrick con una voz tan dulce!...

—¡Una hermana!—dijo ella con una expresión de ternura infinita.

Y repitió para sí este dulce nombre: «¡Hermana!»

Después, tendiendo la mano al joven, que la oprimió en la suya temblando:

—¿Sabéis (dijo) que jamás me ha hablado nadie así?

—¿Jamás?

—Jamás.

—¿Habéis conocido á vuestra madre?—preguntó la alsaciana á Genoveva con los ojos arrasados en lágrimas.

Este título de *madre* produjo en ella la misma impresión de terror que Bob había observado la noche en que la halló acurrucada en el ángulo del puente de Waterloo. La desgraciada se puso á temblar.

—¡No tiene madre!—dijo *La Grama*, moviendo la cabeza, y tomando su silencio por una negativa.

—Pues bien: si queréis, si *quieres* (dijo la alsaciana en un arranque de ternura que su acento hacía más sublime aún), yo seré tu madre, y tú serás mi hija. ¡Sí! ¿Quieres? ¿Quieres? ¡Si supieras qué bueno es tener una madre! ¡Si supieras cuánto ama una madre á su hija!...

Genoveva, pálida, pensaba en su triste infancia lejos de Cecilia, y en todo lo que había visto, oído y adivinado alrededor de ella en París. Mas al recordar el infame proyecto que dió lugar á su viaje á Londres, se estremeció de espanto, y el corazón se le oprimió, como la noche en que fué á buscar la muerte al Támesis.

Mientras Genoveva recordaba su pasado, *La Grama* hablaba en voz alta de su vida de otros tiempos. Volvía á verse joven allá abajo, en Bernwiller, el día en que la hizo su esposa un hombre honrado, un arrendatario de las cercanías de Belfort. ¡Qué recuerdos tan queridos, escondidos al pie de los Vosgos! *La Grama* se llamaba entonces Catalina Sichel. Allí permaneció obscurificada, pero dichosa. Creía ver aún aquella granja donde había

vivido, aquella Alsacia de aspecto apacible y rústico, aquella tierra bendita, donde la paz, la profunda y dulce paz, parece que ha elegido su domicilio. Nada más pintoresco y encantador. Una calle orlada de frondosos árboles, de pendiente suave, conducía hasta la puerta de la casa. En esta morada agreste, la granjera Catalina escanciaba al esposo un vaso de cerveza, ó le presentaba un pedazo de tarta de grosella ó de guinda, rociada con algunas gotas de ginebra. Y Sichel el granjero, después de haber trabajado rudamente, fumaba en su pipa sentado sobre un tronco de árbol, ó apoyado en el muro. Catalina lavaba la ropa cerca de la casa, ó, asomada al balcón, contemplaba el camino, los transeúntes ó el bosque, mientras la ropa se secaba al sol. Había alrededor de la granja cubas, cestos, cubetas, banco, ruedas para componer y árboles cortados. El granjero ejercía también el oficio de carretero, á fin de sostener mejor á su mujer, y al hijo que bien pronto debía aquella dar á luz. ¡Ah, qué bellos recuerdos! Un árbol frondoso, un cerezo que, vegetando lozano en la huerta, había escalado el muro de la granja, dejaba caer en el patio sus ramas cargadas de fruto. Desde las ventanas del piso alto se veían los campos cubiertos de lúpulo, las vertientes de los Vosgos pobladas de arbustos, y las altas montañas, cuyas masas de arbolado producían grandes manchas de sombra oscura.

Mas, ¡ah! ¡La desgracia penetró un día en aquella morada de paz y de dicha! Una enfermedad traidora minó la existencia del honrado Sichel, y le quitó la vida, antes de que hubiese pagado por completo el valor de la granja. La desgraciada Catalina se encontró de repente sola, pobre y sin con-

suelo, con una niña de pocos meses en la cuna. ¡Sus ensueños de felicidad y su matrimonio con el granjero habían durado poco más de un año!

Entonces se vió obligada á venderlo todo, y á oponer, como dice el adagio, «contra la mala fortuna, corazón sereno y cara risueña».

¡Cuánto tuvo la infeliz que trabajar, que penar y que sufrir por aquella pobre criatura! ¡Era toda su vida la pequeña Susana, la que, según decía Catalina, se parecía á su padre, el honrado Sichel, á quien tanto había amado!

La guerra había estallado. La niña contaba entonces cinco años. Catalina Sichel había visto á la vez su pueblo invadido por los hulanos; talada y saqueada la granja que ya no la pertenecía, pero á la que siempre conservaba cariño, y su pobre hija, atacada de una angina pultácea, trasladada al cementerio. Durante algún tiempo estuvo privada de razón. Después, como si nada la ligase á aquella tierra, donde, sin embargo, reposaban su hija y su esposo, había reunido lo poco que la quedaba, y en el primer vapor se había trasladado al Havre, dispuesta á ir al fin del mundo, con otros emigrantes de Alsacia lanzados por la conquista. Mas (sin saber por qué), se había detenido en Londres, donde barriendo las calles vegetaba, arrastrando su miseria y repitiendo maquinalmente un nombre: el nombre de la pequeña muerta: ¡Susana!

Pensaba con frecuencia en los últimos días que permaneció en Alsacia, en los días de la guerra, cuando el estampido del cañón se dejaba oír sordamente desde largas distancias, cuando las palomas que pasaban volando por encima de las granjas ó de las casas del bosque, parecían azoradas y llenas

de terror, y cuando los hombres, silenciosos y abatidos descansaban, mientras que las mujeres y niñas juntaban sus manos trémulas pidiendo á Dios protección y amparo. Á esta misma hora en que todos y cada cual hacían votos por la salvación de la patria, Catalina pedía al cielo: «No me arrebatéis á mi pobre hija» Pero su hija murió. Y, sin embargo, el sol continúa siempre reflejando en los cristalinos arroyos de la granja; el umbral de su puerta sigue dando hospitalaria sombra, y el árbol, siempre lozano, sigue ofreciendo su fruto rojo y fresco! Tampoco ha faltado nunca la tarta ni la ginebra en la casa del granjero, de un granjero que no es Sichel, y á quien Catalina no conoce. Solamente ha faltado ella, Catalina Sichel, que había dicho *adiós* á todo aquello, ¿para siempre? ¡Sólo Dios puede saberlo!

Ved aquí, concluía la pobre alsaciana, ved aquí mi existencia; y puesto que Susana no existía, tú serás para mí, pobre pequeña, lo que más tarde hubiera sido Susana: tú serás mi hija, mi querida hija. Yo te amaré y te defenderé. Tú verás cómo una madre sabe defender á sus hijos, aunque fuese contra un regimiento; mas ¡ah! Las madres no pueden nada contra esas cosas espantosas, traidoras, inicuas: ¡la enfermedad y la muerte!

El dolor daba á la alsaciana una elocuencia áspera, á la que no perjudicaba la especie de dialecto en que se expresaba, puesto que su corazón subía á sus labios, y Genoveva ahora, olvidando á Cecilia y á Carlos Harrisson, á París y á Londres, con los ojos arrasados en lágrimas, presa de una emoción profunda, escuchaba á *La Grama*, cuyas lágrimas corrían también por sus mejillas rojas y abultadas.

Quando la alsaciana hubo terminado, la joven se arrojó en sus brazos, y estrechándola con una especie de frenesí, repitió aquella dulce palabra cuya verdadera significación no había comprendido hasta ahora.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

La alsaciana estaba radiante de alegría.

—¡Sí, tu madre! ¡Abrazame, Genoveva mía! ¡Abrazame, mi Susana!

Y volviéndose entonces hacia el joven, que, enternecido, contemplaba aquella escena:

—¡Y bien! ¿Qué dices tú, Patrick Donegan? Tú me cantarás una canción para alegrar á mi hija; tú, que cantas tan bien por las calles.

—¿Cantáis? (preguntó Genoveva, sonriendo con una alegría infantil.) ¿Cantáis, señor Patrick?

—Es mi oficio, señorita.

—¡Oh! ¡Canciones! ¡Me gustan tanto las canciones! ¿Son tristes ó alegres las que cantáis?

—Tristes y alegres (respondió Patrick). Alegres, como nuestras mañanas de primavera en Killarney, cuando el sol se eleva sobre las aguas del lago. Tristes, como nuestras veladas nocturnas cuando silba el viento del invierno y cada uno se cuenta sus miserias. Los irlandeses no pueden cantar más que lo que hace sertir su país.

Había en cada palabra de Patrick Donegan algo de amargo, de extraño y desgarrador, que respondía á la tristeza de Genoveva. La joven se sentía como conquistada por aquel hermoso mancebo, que estaba tan erguido y tan fiero bajo un traje tan miserable.

—¡Un hermano, una madre!... (se repetía.) ¡El viejo Bob los encontrará aquí reunidos cuando regrese!

Y por la primera vez de su vida experimentó una alegría, en la que hasta la amargura misma era agradable.

Allí, en el fondo de aquel antro, en aquella covacha estrecha, encontraba lo que no había podido hallar cerca de su madre: el afecto, el sacrificio y un amor garantido por el respeto.

Genoveva sentía que aquellos dos seres que poco antes la habían protegido, estaban dispuestos aún á arriesgar su vida por ella. Y mientras se dejaban oír de vez en cuando los gritos y hurras alcoholizados de la taberna, ella se preguntaba en voz alta con la expresión de una plegaria:

—¡Dios mío! ¿Podré yo acaso ser dichosa todavía? ¿Será cierto que existe la felicidad sobre la tierra?

Y aquella misma Genoveva, que poco antes salió fugitiva de casa de su madre, y fué decidida á buscar la muerte en las aguas del Támesis, se decía ahora, acurrucada entre los brazos de la alsaciana, mirando con un sentimiento nuevo para ella al joven irlandés, que, según dijo, *sin remordimiento* hubiera matado un hombre por defenderla:

—¡Yo quiero vivir ahora! Sea en este antro miserable, ó en el infierno de White-Chapel, ¡yo quiero vivir...., quiero vivir!

Sobre la frente de Genoveva, conmovida, electrizada, las violetas rojas, la mancha impuesta á la criatura inocente por la fatalidad de su nacimiento, se presentó en este instante como una mancha sangrienta. Patrick y la alsaciana, asombrados, se miraron silenciosos, como preguntándose si aquel signo terrible no aparecía de pronto sobre sus cejas como una respuesta brusca de la muerte.

Casi á la vez, un pensamiento igual, idéntico, bajaba del cerebro á los labios de aquel hombre y de aquella mujer.

—¡No, no! (pensó Catalina Sichel.) ¡Yo la cuidaré! ¡Yo la salvaré!

—¡Yo la amaré! ¡Yo la defenderé!—pensó Patrick.

Las mejillas pálidas de Genoveva presentaban en aquel momento un ligero tinte encarnado, y sus ojos azules brillaban como iluminados por el placer.

Después, sintiendo que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, Genoveva se preguntó asombrada:

—¿Se puede llorar de alegría?

Hasta entonces no había conocido más que las lágrimas del dolor.